



EL APRENDIZAJE DE LA VIDA

(Filosofía y sociedad)

EPÍSTOLAS

La vida es un juego misterioso donde nuestras almas muy raras veces abren sus puertas al otro y solo al que indaga con perspicacia e insistencia.

A final de cuentas, la vida es una grande y bella apuesta que es mejor jugar con dos corazones.

Alberto Savinio

Ricardo E. Michel-Flores

@remichelflores.com.mx

PRIMERA EPÍSTOLA

*El secreto de la existencia humana no solo está
en vivir, sino también en saber para qué se vive.*

Fiodor Dostoievskij

Ética y Responsabilidad.

El mundo occidental del siglo XX tardó años en comprender la magnitud del horror de la *Shoah* —la catástrofe— y las dimensiones del genocidio perpetrado por el régimen nazi contra los judíos de Europa. Aquella brutal “solución final” (*Endlösung*) reveló un proyecto de exterminio sistemático sin precedentes. A nivel nacional la represión en contra de las comunidades

indígenas de Chiapas - el antiguo EZLN del subcomandante Marcos - presenta también muchas características genocidas. *"Si no hay compasión - dice el historiador hebreo Ilán Pappé - no habrá paz ni reconciliación"* .

A partir del abismo moral de la Shoa, Emmanuel Levinas replantea la filosofía desde el *"Rostro del Otro"* , situando la ética —ya no el conocimiento ni la metafísica— como fundamento del pensamiento. Este giro tan radical coloca al ser humano, al prójimo, en el centro de la conciencia individual. Levinas sostenía que cada persona es responsable del otro antes incluso que de su propia libertad. Las teorías de Levinas, un judío lituano, gozaron en el siglo pasado de gran popularidad en diversos medios cristianos aunque ahora - al parecer - el sionismo oficial israelita las ha desechado en aras de su política genocida. No han faltado críticos occidentales que, desde su inicio, consideraron esta teoría como *'alienante'* , es decir, que imponía límites o acondicionamientos al individuo por factores subjetivos externos.

En defensa de la viabilidad de su propuesta, Levinas sugería aprender a vivir siguiendo el ejemplo de empatía y generosidad del escritor soviético Vasili

Grossman, un decidido activista anti totalitario, con una valiosa disposición moral que no dependía de burocracias, ideologías o credos religiosos.

La orientación de Levinas hacia el Otro - su noción de la "alteridad" - ha sido pues objeto de críticas severas. Para muchos, su pensamiento ha perdido vigencia y atractivo, y se le considera un teórico clásico que deja fuera dimensiones esenciales de la experiencia y de las responsabilidades del ser humano contemporáneo.

El presente siglo XXI plantea desafíos inéditos para la humanidad: tecnologías disruptivas, crisis ambientales, migraciones masivas y múltiples conflictos éticos. A lo largo de este blog intentaré mostrar como la filosofía actual no solo reflexiona sobre estos problemas, sino que ofrece también herramientas conceptuales y prácticas para enfrentarlos. Lejos de ser un lujo intelectual, la filosofía se debe ver como una disciplina vital, capaz de conectar teoría y práctica, tradición y modernidad, pensamiento crítico y acción social

Fiódor Dostoievski, solía decir: *"Si el mundo va mal, es culpa mía, culpa mía personal"* .

SEGUNDA EPÍSTOLA

La herencia Iluminista.

El Siglo de las Luces y el movimiento cultural conocido como *Romanticismo* representan dos concepciones profundamente distintas —y en muchos sentidos antagónicas— sobre la naturaleza del ser humano. Mientras la Ilustración (el *Iluminismo*) define al hombre por su capacidad racional para emanciparse de prejuicios, supersticiones y códigos sociales inoperantes, el Romanticismo sitúa en la tradición, la comunidad y la pertenencia colectiva el núcleo mismo del proceso de humanización.

Para los románticos, el ser humano no se explica únicamente por su razón, sino por una fuente que lo excede y lo vincula con un pasado, un territorio y una memoria compartida. Estas dos grandes corrientes filosóficas han alimentado tensiones históricas profundas y siguen, hasta hoy, dividiendo el pensamiento social.

El Romanticismo emerge a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en un contexto marcado por el trauma del Terror revolucionario en Francia y por el impacto de la Revolución industrial en Inglaterra. Ambos procesos pusieron en entredicho los ideales racionalistas de la Ilustración, que exaltaban la razón y el conocimiento científico como únicas vías legítimas hacia la verdad y el progreso. La Ilustración fue también una reacción contra el Neoclasicismo, dominante en el arte y la literatura occidentales, centrándose en los modelos clásicos.

Frente a la rigidez de las normas clásicas, el Romanticismo reivindicó la expresión subjetiva, la emoción y la libertad creativa. Valoró la individualidad y la originalidad, alejándose de la belleza universal y normativa para explorar el mundo interior del ser humano, sus pasiones, contradicciones y conflictos.

Ni el Siglo de las Luces ni el Romanticismo pueden desligarse de las catástrofes del siglo XX, pues diversas ideologías inspiradas en ambos contribuyeron a ellas. El nazismo —con la complacencia del Vaticano, otro actor históricamente responsable— llevó al extremo el culto al alma de los pueblos (*Volksgeist*), transformándolo en

una mitología fanática que desembocó en horrores como la Shoah.

Las ideas nacionalistas se convirtieron en religiones o ideologías seculares de “salvación terrenal” , virulentas y destructivas. Se las clasifica como religiones de “segundo tipo” , en contraste con las religiones de salvación divina —como el islam o el cristianismo— que se presentan como reveladas por Dios. Hoy existe un rechazo comprensible hacia esas ideologías y a la interpretación que se daba a los ideales de Razón, Dios, Patria, Nación y Progreso.

Heidegger lo expresó con contundencia: *“La técnica, hija de la Ilustración y del principio de razón, sitúa el mundo en el horizonte del ready-to-use: la realidad humana como un supermercado disponible en su totalidad para la manipulación y el cálculo.”*

Ajjic , abril 2026

TERCERA EPÍSTOLA

¡ Ay ! Las Religiones.

En su obra *El montaje tecnológico*, el teólogo cristiano Jacques Ellul sostiene que el ser humano no

puede evitar sacralizar aquello que lo rodea. Hoy, sin embargo, ya no consagra a la naturaleza, sino al medio a través del cual la profana: la tecnología. Las consecuencias no han sido solo ambientales, sino también psicológicas, dando lugar a conductas casi adictivas hacia la ciencia y la técnica.

Hace muchos años, cuando me desencanté de la religión cristiana, viví algo parecido a lo que describe Ellul. No es sencillo aceptar de golpe la libertad de pensamiento ; por eso, en aquel momento, me refugié en otro “dios” : el marxismo. En realidad, solo cambié de teología.

A lo largo de la historia, hemos contado con distintos tipos de religiones. Están las religiones de salvación —las religiones del Libro— reveladas por la divinidad : judaísmo, cristianismo e islam. Luego existen religiones de un segundo tipo, ocultas bajo ideologías seculares. El comunismo —una fe que yo mismo abracé en Italia— es una religión de salvación terrenal. Y la ciencia y la tecnología, al presentarse como misioneras del progreso material, también adquieren un carácter religioso, como insiste Ellul. En otras palabras, la racionalidad puede convertirse en máscara de una actitud profundamente religiosa, con los mismos riesgos

de fanatismo. Incluso el marxismo, mi querido marxismo, pese a proclamarse científico, a veces cae en un cientificismo que oculta una fe de naturaleza mística.

Algunas corrientes filosóficas contemporáneas proponen hoy religiones de un “tercer tipo” : formas de misticismo o trascendencia individual que emplean plenamente la razón, pero permanecen abiertas al misterio de lo desconocido. Estas ideas dialogan con el principio del *“pensamiento complejo”* , que busca conectar ya sea lo que normalmente permanece separado, o que busca como aplicar prácticamente una ética de solidaridad y fraternidad universal. Una ética que, como deseaba Emmanuel Levinas, nos vincule unos con otros, aunque no siempre sea fácil lograrlo.

El pensamiento del siglo XXI ofrece así una buena nueva para nuestra agobiada sociedad : “Seamos hermanos no tanto para salvarnos juntos, sino porque —si no lo hacemos— podemos perdernos juntos” . Se supone que las religiones de tercer tipo- individuales y no institucionales – serán menos proclives a las actitudes negativas (hegemónicas, radicales, dogmáticas o fanáticas) que si han tenido las dos versiones religiosas anteriores. Pero ... *“Las ideas nacen dulces y envejecen feroces”* , como bien comentaba Jorge Luis Borges.

En el fondo, es lo mismo que enseñaba Buda: "Puesto que todos estamos sujetos a la incertidumbre y al sufrimiento, mostremos compasión hacia quienes sufren como nosotros, sin olvidar que la vida también alberga la posibilidad de alegría y felicidad" . Una hermosa utopía que, como todas las utopías, señala el rumbo que conviene seguir, aunque rara vez se cumpla por completo.

Cuando trabajaba en Italia, en los años sesenta, presencié un sorprendente acercamiento entre teólogos protestantes y católicos con intelectuales marxistas del PCI. Era un intento honesto de diálogo entre una religión revelada y una religión secular ; proyecto que encajaba a la perfección dentro de los lineamientos propuestos, en oriente, por Buda y, en occidente, por el pensamiento complejo. Los diálogos, que (en forma por demás imprudente) fueron públicamente titulados como el *'Cristianesimo senza chiesa'* , buscaban responder a las inquietudes sociales de aquellos cristianos que —sin renunciar a su fe— aceptaban las categorías económicas del marxismo. Desde el inicio, ante ese desafiante título, el Vaticano se opuso al diálogo de fieles católicos con protestantes y marxistas. Finalmente logró hacer desaparecer este movimiento en los años noventa.

Al mismo tiempo, en América Latina, de la mano de Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff y Enrique Dussel , entre tantos otros, surgía (después de la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968) la corriente teológica cristiana denominada la '*Teología de la Liberación*' , que utilizaba categorías marxistas para analizar la pobreza estructural.

Las alarmas se encienden cuando aparecen en Italia los *catocomunistas* . En su afán por conservar la hegemonía, el papa Pío XII —quien, como cardenal Eugenio Pacelli, había sido nuncio en Alemania— priorizó la lucha contra el comunismo "*ateo*" por encima de la denuncia, siendo percibido como cómplice tácito. Esa percepción social deterioró aún más la autoridad moral del catolicismo y contribuyó al desencantamiento religioso que después se extendió por Europa.

Ajjic, abril 2026.

CUARTA EPÍSTOLA

Ética ambiental.

Una de las características más destacadas de lo que podríamos llamar “la filosofía del siglo XXI” es su actual orientación : por un lado, su vocación universal; por otro, su atención cuidadosa a los contextos culturales específicos. A ello se suma su creciente utilidad como herramienta para la transformación social. El pensamiento filosófico contemporáneo se nutre de múltiples tradiciones —asiáticas, africanas, latinoamericanas y occidentales— y esta diversidad ha permitido un enfoque más plural, inclusivo y multidisciplinario.

La filosofía contemporánea ya no se limita a los debates académicos: sus ideas atraviesan la cultura, la política, la tecnología y los sistemas educativos. En estas “epístolas” intentaré explorar algunas de las discusiones filosóficas más urgentes, comenzando por la aplicación mundial —y ya impostergable— de la ética ambiental.

Bruno Latour y el giro ecológico del pensamiento

En sus múltiples publicaciones, el filósofo, científico y ecologista Bruno Latour señaló cómo, a principios de la década de 1990 —justo después de la llamada “victoria sobre el comunismo” , simbolizada por la caída del Muro de Berlín— se desarrollaba silenciosamente otra

historia de enorme trascendencia planetaria: el cambio climático.

Latour vincula tres fenómenos que diversos analistas internacionales han mencionado repetidamente, aunque sin comprender del todo la profunda relación que los une ni la energía política que podría aprovecharse al estudiarlos como parte de una misma problemática:

- La desregulación, que terminó por estigmatizar la palabra “globalización” con una connotación cada vez más negativa.
- La explosión mundial de la pobreza, el desarraigo de poblaciones enteras y, en consecuencia, el crecimiento de las desigualdades sociales.
- La negación sistemática del cambio climático, difundida por las autoridades - públicas y privadas - a través de los medios globales.

La hipótesis es contundente: las posturas políticas no pueden entenderse sin asignar un papel central al cambio climático y a su negación. En el caso de la migración de millones de personas, parece que un sector significativo de las élites ha llegado a la conclusión de que no hay suficiente espacio en la Tierra para estos migrantes, ni quizá para el resto de la población

empobrecida y desarraigada. Latour resume esta situación con un juego de palabras tan lúcido como inquietante: “De la lucha de clases a la lucha por el espacio” (*De la lutte des classes à la lutte des places*).

Al fusionar sociología, filosofía y ciencia, Latour desafía la idea de que la filosofía es meramente especulativa. Su pensamiento demuestra que es posible contribuir activamente a resolver problemas globales mediante nuevas formas de comprensión y acción colectiva. Aunque falleció en 2022, su obra sigue siendo un referente central para la filosofía contemporánea. En ella propone repensar la relación entre humanos y no humanos, cuestionando la separación clásica entre naturaleza y sociedad.

El pensamiento de Latour es ya indispensable para vivir en esta “*época de los híbridos*”. La crisis ecológica no es un problema «natural» que pueda resolverse con más ciencia; es un problema que atraviesa completamente la distinción entre naturaleza y política. En *Dónde aterrizar*, Latour diagnostica así el momento presente: las élites han abandonado cualquier proyecto de mundo común y se han refugiado en un negacionismo climático que les permite seguir acumulando mientras el planeta arde. Se requiere

reinventar la política desde la Tierra, no desde la abstracción del Estado-nación.

En una de sus últimas reflexiones sobre ética y medio ambiente, Latour escribe: “Quizás ha llegado ya el momento de plantear una mejor forma de expresarse. Ya no hablar de humanos, sino de *terrestres*, subrayando así el *humus* —y, a decir verdad, también el *compost*— contenidos en la etimología de la palabra ‘humano’ . La expresión ‘*terrestre*’ tiene la enorme ventaja de no especificar ni género ni especie ...”

Esta propuesta lingüística es, en realidad, una propuesta ética: reconocer que somos parte de la Tierra, no sus administradores externos. La ética ambiental del siglo XXI exige asumir nuestra condición de seres interdependientes, vulnerables y profundamente vinculados al destino del planeta.

Ajijic, junio de 2026

QUINTA EPÍSTOLA

El pensamiento complejo.

El científico ecologista, Bruno Latour , a quien ya mencionamos en la anterior epístola cuarta, argumenta que la modernidad se construyó sobre una paradoja : mientras proclamábamos la separación absoluta entre naturaleza y sociedad, no dejábamos de crear híbridos que mezclaban ambas cosas. El cambio climático, los transgénicos, las pandemias, los algoritmos que nos gobiernan..., todos estos objetos son simultáneamente naturales, técnicos, políticos y culturales. No podemos entenderlos si seguimos pensando con las categorías modernas. Estamos viviendo, sostiene Latour , en una época que privilegia los híbridos. Esta es una situación muy compleja cuyo análisis requiere de una forma de pensar muy distinta a la tradicional.

El pensamiento tradicional ha sido, en gran medida, reductivo. Cuando se afirma que el ser humano es un ser natural, su estudio se restringe a la naturaleza, a la sociobiología o a la comparación con el comportamiento de los chimpancés, "primos" tan genéticamente cercanos. En cambio, cuando se sostiene que el ser humano es sobrenatural, el cuerpo queda reducido a mero soporte y todo lo demás recibe nombres como alma, espíritu o psiquismo. Ninguno de estos enfoques, por separado, permite concebirnos como conjunción y no como disyunción.

El pensamiento complejo contemporáneo busca precisamente que la interdisciplinariedad sea más fecunda mediante intercambios prolongados y verdaderamente significativos. Se trata de aprender a ver lo que une unas cosas con otras: no solo la presencia de las partes en el todo, sino también la presencia del todo en cada una de las partes. Vivimos en un mundo donde todo comunica e interactúa, un mundo en el que resulta indispensable incrementar la capacidad de concebir los conjuntos. Relacionar —establecer vínculos, conexiones, resonancias— es, sin duda, el gran desafío que enfrenta la educación actual, tanto en México como en los demás países.

Cuando hablamos del cerebro, utilizamos un lenguaje químico-eléctrico —sinapsis, conexiones, neurotransmisores—, mientras que para referirnos al espíritu adoptamos el lenguaje de las palabras, las ideas y los símbolos. El cerebro se aborda desde una perspectiva biológica; el espíritu, desde una perspectiva cultural. La biología se ocupa del cerebro y la neuropsiquiatría del psiquismo. Pero cerebro y espíritu son absolutamente indisociables, y es precisamente esta unidad la que exige una reforma del pensamiento.

Dicho de otro modo: solo puede haber espíritu allí donde hay cultura y cerebro. Los seres con escasos conocimientos y – por ende- con escasa cultura son incapaces de desplegar plenamente sus capacidades mentales y su creatividad. De aquí se desprende – por ende - la enorme importancia que tiene la educación en la evolución humana, la vida comunitaria, la visión subjetiva del mundo y el sentido de la existencia .

Aquí entran en juego los conceptos de *polivalencia* y de cultura: este último es una realidad que no es hereditaria ni forma parte del proceso de hominización, sino que surge y se transmite mediante el aprendizaje, es decir, mediante la educación . La cultura y los sistemas de educación nacen en el marco de un proceso natural, pero van adquiriendo una relativa autonomía que posibilita el desarrollo de las colectividades.

Esta realidad la conocían bien Karl Marx y Friedrich Engels quienes, en el antepasado siglo XIX, insistían en la necesidad de que el trabajo material, y el intelectual no fueran cada uno por su lado, como sucede en la estructura neoliberal. La consecuencia de esa división- advertían a la sociedad inglesa - es “la aparición del ‘hombre unilateral’ que solo es útil si se le mantiene aislado del entorno., sin posibilidad de desarrollar

habilidades. Como remedio proponían el concepto de *'polivalencia'* , que no es otra cosa que el desarrollo total y completo del ser humano.

No fueron escuchados . Sin embargo no era una propuesta revolucionaria , ya desde el siglo XV, en el renacimiento italiano se proponía que los artistas y artesanos tuviesen una educación en lo intelectual, lo físico y lo científico y técnico. Este concepto fue desarrollado por el genovés Leon Battista Alberti con el nombre de *"polimatía"* , que etimológicamente significa *"muchos saberes"* . La polimatía fue el principio básico de la visión renacentista del ser humano. Entre los polímatas (o *'polivalentes'*) más famosos están Leonardo da Vinci, Michelangelo Buonarroti y el propio Leon Battista Alberti.

La perfección no es cosa pequeña, pero está hecha de pequeñas cosas - decía Michelangelo.

Ajijic , junio 2026

SEXTA EPÍSTOLA

Los ciclos tróficos.

Todas las sociedades, a fin de poder sobrevivir, requieren la eventual muerte de sus individuos. Los ciclos tróficos —los ciclos ecológicos de alimentación— son, en esencia, ciclos de muerte. El herbívoro es devorado por un carnívoro pequeño, que a su vez termina siendo presa de un gran carnívoro. Cuando este muere, su cuerpo alimenta insectos y gusanos, que nutren a las bacterias. Así, que el ciclo de la vida es, también, un ciclo de muerte.

La teoría del *ciclo trófico* se puede también aplicar al ámbito de las creencias, ideologías o simples ideas. Para que una sociedad humana perdure es necesario que pueda renovarse periódicamente mediante mecanismos para desechar las ideas y creencias inmutables, aquellas que se proclaman poseedoras de la verdad absoluta. La mejor manera de deshacerse de ellas es venerarlas: al repetirla sin cesar desde los púlpitos políticos (y religiosos) se convierte en hueco estereotipo. En forma opuesta, para que una idea se mantenga viva, debe analizarse, debatirse y tratar de refutarse. Así funciona la ciencia, y así deberían funcionar las ideologías que aún perviven en la sociedad.

Yevgueni Zamiatin lo expresa con precisión: *“Si no tenemos herejes, debemos inventarlos. La herejía es*

esencial para la salud. Es el único remedio contra la entropía del pensamiento humano.”

En el terreno de las ideas, es fundamental distinguir entre teoría y doctrina. Una teoría —como señala el anciano sabio de la tribu, Edgar Morin— es un sistema de ideas que se alimenta abriéndose al mundo exterior, refutando los argumentos adversos o integrándolos cuando resultan muy convincentes, o bien aceptando su posible desaparición - su muerte, su condición biodegradable - si los acontecimientos la invalidan .

Una doctrina, por el contrario, es una teoría clausurada, un dogma inmutable e irrefutable que se realimenta constantemente recurriendo al pensamiento de su fundador , supuestamente infalible, o a un cuerpo canónico. Los dogmas religiosos y las ideologías políticas crean desconfianza e incertidumbre cuando se presentan como doctrinas cerradas a la discusión. Son posturas débiles que usualmente terminan estableciendo inquisiciones y sistemas represivos para atemorizar y acallar a quienes no opinan igual.

La repetición continua de una cierta creencia busca fijar el dogma en la mente del auditorio,(sean seguidores o no) aun cuando la realidad o el

conocimiento científico contradigan esa idea. Basta recordar el continuo estribillo gubernamental populista de la 4T : *“Nosotros no somos iguales”* , referido a la corrupción de gobiernos anteriores. (*Dime que presumes y te diré que careces – expresión popular*). Usualmente los poderosos – o sus representantes - no aceptan el pensamiento crítico. Es más fácil respaldarse en la propia autoridad para expresar evidentes falsedades.

El mundo recuerda al general Colin Powell quien en 2003 – ante el pleno de la ONU y con amplia difusión internacional – hizo una presentación amañada, falsa e infantiloides, - para *“probar”* la existencia de ‘armas de destrucción masiva’ en Irak y justificar la destrucción del país. Todas las falsedades e intentos de engañar y manipular información crean desasosiego y mucha incertidumbre , al hacer evidente el bajo nivel de las elites dominantes.

Los dogmas y las doctrinas colman deseos, aspiraciones, ideales utópicos o necesidades de encubrimiento. Pueden ser utilizadas por los gobernantes para manipular a sus (ilusos) seguidores o para confundir a eventuales opositores. Una sociedad sana debe vivir con teorías refutables y verificables, no

con doctrinas ni verdades absolutas, provengan de donde sea.

“La vida - dice el sabio y polímata Edgar Morin a quien cito nuevamente— es un navegar en un océano de incertidumbre a través de pequeños archipiélagos de certeza.”

Julio 2026

SÉPTIMA EPÍSTOLA.

La era de incertidumbre.

En las primeras décadas del siglo XX, con la irrupción de la mecánica cuántica, se produjo un momento histórico decisivo: pasamos de creer que podíamos saberlo todo a reconocer que quizá ese ideal era, sencillamente, imposible. La ciencia y la academia inauguraron formalmente lo que hoy llamamos la *Era de incertidumbre*.

Pero tener presente la incertidumbre no es relevante únicamente para los desarrollos científicos y tecnológicos. La incertidumbre ciudadana surge del derrumbe de las certezas asociadas a la idea de un progreso garantizado, así como de la pérdida de confianza en la racionalidad de la ciencia y la técnica. Una desconfianza ganada a pulso después de los acontecimientos del siglo XX: genocidios, guerras, bombas atómicas, masacres, miseria, migraciones forzadas, racismo, inequidad e iniquidades diversas.

Sin embargo, esta complejidad no debería conducirnos a un escepticismo o nihilismo generalizado. Por el contrario, lo razonable —en mi opinión— es *aprender a gestionar la incertidumbre*, en lugar de dejarnos paralizar por ella. La historia demuestra que la humanidad siempre ha convivido con la sensación y la realidad de lo incierto.

En México, la falta de seguridad personal ha alcanzado dimensiones tan graves que la ciudadanía la coloca entre las prioridades más urgentes para las autoridades. La gente reclama protección ante la violencia de los cárteles, la corrupción y la impunidad. Y dado que las antiguas formas de solidaridad —familiares, barriales, comunitarias— han desaparecido en gran parte de las grandes y medianas ciudades, resulta indispensable reconstruir la solidaridad y la convivialidad **social** como freno a la incertidumbre y a la desazón colectiva.

El Principio de Heisenberg

Uno de los marcos más conocidos para pensar la incertidumbre es la mecánica cuántica. En particular, el *Principio de Incertidumbre de Heisenberg*, que establece un límite fundamental en el conocimiento científico sobre las partículas elementales: cuanto más precisamente se mide su posición, menos precisión se obtiene sobre su momento, y viceversa. Este principio no solo transformó la física, sino que abrió preguntas filosóficas sobre la naturaleza del conocimiento. Nos invita a reflexionar sobre cómo construimos lo que creemos saber y cómo la incertidumbre afecta nuestra percepción de la realidad.

La incertidumbre forma ya parte constitutiva del conocimiento científico. Pero lejos de ser un obstáculo, puede fomentar una mentalidad más abierta, flexible y adaptable en la investigación y la exploración intelectual.

George Friedman lo sintetiza con claridad: *“Sin una visión clara del porvenir, sin una cierta certeza, el presente pierde sentido, dirección y vitalidad.”*

Ajijic, agosto 2026

OCTAVA EPÍSTOLA.

La dimensión cognitiva

Las ideas, creencias, convicciones e ideologías pueden modificar de manera profunda la percepción individual de la realidad. Su comunicación puede emplearse —y de hecho se emplea— para disfrazar, ocultar, negar o distorsionar hechos, transmitiendo ficciones convenientes con la intención de confundir lo ideológico, lo ilusorio, con la realidad efectiva. Estas comunicaciones falsas o manipuladas constituyen uno de los problemas más cotidianos y difíciles de controlar, pues suelen ser generadas por el poder dominante en turno: político, militar, empresarial, científico o religioso. Sus consecuencias pueden alcanzar niveles

devastadores. Italo Calvino advertía con lucidez:
"Necesitamos aprender a destrabarnos del nudo histórico que nos tiene atrapados."

Las sociedades antiguas desarrollaron complejas creaciones culturales —es decir, religiones— que adoraban divinidades terribles y exigentes, capaces de demandar sacrificios humanos. El caso más cercano a nosotros es Huitzilopochtli. Todas las creencias —incluidas las religiones de amor y clemencia— han producido y siguen produciendo discursos que generan violencia, terrorismo y barbarie.

En nuestras actuales sociedades materialistas las creencias e ideologías difundidas por los poderes dominantes adquieren tal trascendencia que, como antaño, seguimos siendo capaces de matar y morir por una idea o por una ideología abstracta. Ideas o creencias que probablemente sean tan inadecuadas o absurdas como los rituales precolombinos dedicados a Huitzilopochtli, con sus odiosas *"guerras floridas"* y los atroces sacrificios de jóvenes prisioneros - a menudo tlaxcaltecas – que ocurrían en Tenochtitlan, la capital lacustre del Imperio Azteca, o Mexica.

El pensamiento, según las teorías del científico estadounidense Daniel Dennett, es el órgano que

organiza la percepción de la realidad: nuestro cerebro selecciona aquello que ya tenía la intención de encontrar. De ahí la enorme importancia de la cultura y de una educación profunda y generalizada para evitar caer en manipulaciones políticas o religiosas.

Dennett (1942–2024), filósofo de la mente y científico cognitivo, trabajó con un enfoque interdisciplinario que combinaba filosofía, psicología y neurociencia, lo cual le permitió abordar el estudio de la mente humana desde múltiples perspectivas. Una de sus conclusiones más influyentes fue explicar la conciencia no como un fenómeno central y unitario, sino como un conjunto de procesos distribuidos en el cerebro, comprensibles mediante la evolución y la biología.

Su teoría de los *"múltiples borradores"* sostiene que la mente construye narrativas para dar sentido a la experiencia sin un centro de control único. La mente, en su visión, funciona como un programa que se ejecuta en el hardware del cerebro, defendiendo un materialismo no reduccionista que reconoce la complejidad y emergencia de los fenómenos mentales.

La influencia de Dennett se extiende también a la ética de la tecnología. Su análisis de la cognición y la conciencia sirve como base para reflexionar sobre la

moralidad en sistemas computacionales, robots autónomos e inteligencia artificial avanzada. Así, Dennett enlaza las preguntas sobre la mente y la ética con los desafíos concretos de la sociedad digital del siglo XXI. Su enfoque pragmático y empírico ha inspirado múltiples investigaciones en neurociencia cognitiva, inteligencia artificial y, por supuesto, filosofía de la mente.

En este mismo horizonte conceptual aparece el etólogo Richard Dawkins, quien en *El gen egoísta* introdujo el término "*meme*" para describir una unidad de información cultural que se replica y muta en la mente humana. La "*memética*" sería entonces la ciencia que analiza cómo las ideas y fenómenos culturales se propagan en la sociedad, generando una auténtica cultura viral.

No sorprende que los círculos más mojigatos de la Unión Americana se refirieran a Dennett como uno de los "*Cuatro Jinetes del Ateísmo*", junto a Richard Dawkins, Sam Harris y Christopher Hitchens. Una compañía, sin duda, estimulante.

*Quien controla los medios de comunicación
controla las mentes.*

Jim Morrison (The Doors)

Ajjic, agosto 2026

NOVENA EPÍSTOLA

Un mundo interconectado.

Mi lugar favorito en la casa paterna era la sala donde se alzaba una estantería repleta de libros y revistas. Allí, yo —niño miope y curioso— me instalaba a leer *El tesoro de la juventud* y aquellas revistas “*de monitos*” que tanto me fascinaban. Un día, mi padre colocó varios volúmenes en el estante superior y me pidió que, por el momento, no los leyera hasta que fuera un poco mayor. Por supuesto, en cuanto se alejó, empecé a hojearlos. Sospecho que eso era exactamente lo que él quería.

Con el paso del tiempo, aquel “estante prohibido” se convirtió en mi puerta de entrada a la literatura rusa de la época de oro: Tolstói, Chéjov, Dostoievski, Nikolái Leskov, entre otros que aún recuerdo con nitidez. A los siete u ocho años comenzó,

creo, mi adicción a la lectura y mi amor por los libros. Hasta hoy, las librerías y bibliotecas me transmiten una sensación indefinida de bienestar, de refugio, de tranquilidad.

Años más tarde, ya adulto, gracias a la generosidad de un amigo israelita-argentino nacido en Austria, descubrí la obra de Karl Marx. Quedé deslumbrado. Sus análisis, denuncias y propuestas —expuestos con un sorprendente vigor literario— me permitían ver con claridad nuestra realidad local y nacional. Su teoría económica se convirtió en un referente personal decisivo, casi equivalente, en otro ámbito, a la ética de la responsabilidad hacia el prójimo que aprendí de Emmanuel Levinas.

En Estados Unidos, la filósofa californiana Wendy Brown se ha consolidado como una de las voces más importantes de la teoría política contemporánea. Su obra, situada en la tradición marxista, examina el neoliberalismo no solo como modelo económico, sino como una racionalidad que penetra todos los ámbitos de la vida. En forma similar a Judith Butler, la doctora Brown ha estudiado críticamente la democracia americana, habiendo hecho aportaciones relevantes a la teoría feminista —especialmente en torno a la libertad

de expresión y los temas LGBTQ. Ha sido también una incisiva analista del conservadurismo, el racismo y las políticas del presidente Donald Trump.

En sus reflexiones más recientes, Brown advierte cómo la lógica neoliberal transforma a los ciudadanos en individuos competitivos, incapaces de imaginar proyectos colectivos. La vida comunitaria se degrada, la democracia se vacía de contenido y queda reducida a un procedimiento administrativo fácilmente manipulable por las fuerzas políticas. Esta deriva, señala, alimenta un preocupante nihilismo que se extiende por las sociedades avanzadas, incluido su propio país.

Desde la filosofía, el nihilismo puede entenderse como una forma de decadencia que afecta profundamente la manera en que habitamos y comprendemos el mundo. Brown muestra, además, los síntomas de desgaste personal y emocional que el neoliberalismo impone a los individuos. Entre todos los problemas que agobian al ser humano contemporáneo, quizá la pérdida de sentido sea uno de los más urgentes.

Frente a autores como Byung-Chul Han, que sostiene que los dispositivos inmunitarios de las sociedades son cosa del pasado, Brown afirma que hoy están más presentes que nunca. Para ella, las murallas y

fronteras no protegen Estados fuertes: son el síntoma de una soberanía debilitada que intenta compensar su pérdida de poder mediante gestos de control territorial. Tales gestos excluyen a las grandes mayorías del planeta y refuerzan el nacionalismo. Las fronteras, sostiene Brown, lejos de ser líneas neutrales, se convierten en dispositivos políticos que determinan quién puede vivir con derechos y quién queda condenado a la precariedad. Así se abren paso nuevas formas reaccionarias y autoritarias que cuestionan la posibilidad misma de convivir en un marco social fraternal y democrático.

En un planeta devastado por la acción humana y marcado por la erosión de los valores, la ética no puede —no debe— limitarse al bienestar cercano o nacional. Nuestras acciones deben pensarse desde la perspectiva de todos los seres humanos, sin importar su ubicación geográfica.

Sin embargo, la ética contemporánea se ve cada vez más influida por el relativismo moral, el pragmatismo tecnocientífico y las distintas percepciones culturales entre países. Todo ello, como señala Brown, revela la urgente necesidad de definir códigos éticos universales, válidos para todas las regiones del mundo.

Ajjic, agosto 2026.

DÉCIMA EPÍSTOLA

México y su entorno.

Entre las antiguas narrativas europeas existe una que consideraba a los personajes poderosos no como verdaderos hombres, sino como marionetas cuyos hilos eran manejados por Satanás o por algún otro ente diabólico. Se decía que las fuerzas del mal seducían y cegaban a la población para someterla a la voluntad de los gobernantes. Estos relatos de posesión satánica pueden entenderse como una reacción tardía a una tradición mucho más antigua, según la cual quienes detentaban el poder formaban parte del panteón divino.

En los relatos del Antiguo Egipto —que se remontan a más de cinco mil años— el pueblo debía rendir culto al faraón en su carácter de dios principal. Hacia el año 3150 antes de nuestra era, el imperio egipcio estaba gobernado por el faraón Akenatón y su célebre esposa Nefertiti. El dogma religioso y político

era que Amenhotep IV, nuestro Akenatón, compartía con el dios Atón —el disco solar— la misma esencia divina.

La idea de gobernantes poseídos por fuerzas malignas, formulada en un contexto religioso, es tan antigua como actual. Con el tiempo, esta noción se reformuló en términos aceptables para la psicología moderna y para religiones asiáticas como el budismo, hoy tan difundido en México. Poco a poco, la explicación sobrenatural de la posesión fue sustituida por teorías anteriores a Freud sobre la conciencia, y en la actualidad estas interpretaciones se orientan hacia la evidencia neurocientífica.

Desde la época medieval se ha intentado reconstruir y reformular estas tradiciones para dotar a las estructuras políticas de un anclaje trascendente encarnado en la figura del rey o del dictador en turno. Estos personajes, en virtud de su supuesta naturaleza sagrada, se situaban *"por encima de la ley"*, según el concepto medieval.

En el siglo XX este elemento reaparece en la teoría del liderazgo formulada por el filósofo nazi Carl Schmitt. El pueblo, al igual que el rey o el dictador, debe estar simultáneamente sujeto a la ley y por encima de ella; de

lo contrario, no podría darse a sí mismo una constitución. Si la constitución fuese realmente una emanación de la voluntad general, el pueblo tendría que elevarse, en ciertos momentos, por encima de sí mismo. Por desgracia, en la actualidad, la violencia desatada, la manipulación del pueblo y la degradación del valor de la vida humana constituyen, por así decirlo, la carta de presentación de nuestra posmodernidad.

El término «*acción-reacción*» —que apareció por primera vez en la física bajo la forma latina *actio* = *reactio*— se convirtió en una metáfora habitual en otras ciencias antes de introducirse (en el siglo XVIII) en los ámbitos de la política y la historia. En el terreno político se empezó luego a denunciar la «reacción»... pero, teóricamente, la reacción es el resultado inevitable y simétrico de la acción (Tercera Ley de Newton: “A toda acción corresponde una reacción igual y contraria”).

México, como otros países, ha entrado en una era post-newtoniana que abarca tanto la esfera política como la moral. En este mundo actual, los «reaccionarios» son tan relevantes como quienes se autodenominan «progresistas»; quizá los primeros perciban cosas que a los segundos se les escapan. En el ámbito moral y político, la acción no es necesariamente superior ni debe

combatir la reacción. Ambas forman una pareja conceptual indisoluble.

Hace tiempo comenzó a desvanecerse el fervor hacia la ciencia, la técnica y la industria: la fe en el progreso material perpetuo. Con los horrores de la violencia del siglo XX y los actuales, el mundo ha despertado a lo ilusorio de esa creencia. Vivimos ahora con la conciencia de tener que enfrentar fenómenos sociales regresivos y una creciente incertidumbre sobre el porvenir. Los antiguos agentes en los que se confiaba para sostener el progreso —la razón, la convivialidad, la economía, la ciencia y la técnica— han demostrado ser profundamente ambivalentes.

Las predicciones más pesimistas de Marx y Engels se han cumplido de manera póstuma. En México vemos una ciudadanía apática y temerosa, que contempla desde la orilla el naufragio de la incipiente democracia que se había alcanzado. No logramos encontrar el camino para reencauzar la sociedad hacia un modo de vida alejado de la corrupción, la violencia y el miedo. ¿Cómo actuar ante la deriva radical del populismo? ¿Cómo puede la nación recuperar el territorio en poder de los cárteles de la droga? ¿Qué hacer cuando el presente es angustiante y aciago?

No se pierda los comentarios de la siguiente epístola.

Ajijic, agosto 2026